



LECTURA
FAMILIAR Y
POPULAR

10

Cents.

NOV 11 1911

ORTEGA y FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO II
NÚM. 12

SEMANTAL

PRE-
CIO:

19 ENERO
1926

POPULAR

10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

Honor de esposa y corazón de madre por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra. Querubín ignora quienes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastre, el señor Polcarpo, que habitaba en un portal de misero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados, preguntaron al sastre, y este ocultó el motivo de la visita. En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quienes eran. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo. La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente imposibilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía. Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterrorizó. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo. Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro. En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había

(Continúa en la próxima página).

—¿Y qué conseguiréis con estar todo el día diciéndolo lo mismo? Dejemos ahora ese punto y volvamos a los demás.

Al señor de Guevara le sobraba la razón, pues nada conseguirían con repetir que no adivinaban el secreto.

Leandro quiso saber entonces quién era el que había ido a preguntar por Mariana y Consuelo, y Querubín le refirió lo que había sucedido.

Ante todo les convenía ganar tiempo, y sobre este punto fijaron con preferencia la atención.

Era también preciso vigilar para evitar que Consuelo fuera víctima de las asechanzas del conde de Rocanegra.

Ni una palabra había dicho la joven de las advertencias de doña Margarita; pero esto era lo que menos importaba, pues fácilmente podían averiguar quién era la persona que estaba de acuerdo con el conde para favorecer los planes de éste.

A pesar de lo crítico de la situación habían ganado mucho, pues unidos los dos jóvenes enamorados, y contando con la ayuda del señor de Guevara, debían ser doblemente fuertes.

Los que aman se entregan a la desesperación con tanta facilidad como se forjan ilusiones, y las esperanzas de Leandro renacieron sin que él supiese por qué.

En cuanto a Querubín, no fue menester que le alentasen, puesto que nunca se había desalentado, ni mucho menos había perdido la confianza que tenía en sus propias fuerzas y en su estrella.

Hay criaturas que, a pesar de verse perseguidas por la más horrible fatalidad desde que nacen, creen que la fortuna caprichosa las protege, y esto es lo que a Querubín le sucedía.

Su existencia no había podido ser desde su principio más desdichada, y aunque había devorado una tras otra

amargura, tenía la seguridad de que al fin había de triunfar.

También pidió el hijo de la condesa explicaciones sobre los lazos que unían al atrevido mancebo con el señor de Guevara, y éste, firme en su propósito, aseguró que era padre de Querubín.

¿Por qué habían de dudar Leandro sobre este punto?

Creyó de buena fe lo que le decían, y felicitó a Querubín por tener derecho a un nombre ilustre.

¿Había cambiado el mancebo de opinión en cuanto a la paternidad de su generoso protector?

No había cambiado, y de muy buena gana hubiera dicho la verdad; pero no lo hizo así porque respetaba demasiado al que había hecho por él todo lo que puede hacer el más cariñoso padre.

Se había prolongado la conversación pasando sin sentir el tiempo, y eran ya las cuatro de la tarde cuando pensaron en salir de la hostería.

El señor de Guevara llenó y vació el último vaso, exclamando luego:

—¡Voto a las uñas de Lucifer! ¡Queda hecha la alianza ofensiva y defensiva, y ahora somos invencibles!

—Falta lo principal —dijo Querubín.

—¿Qué?

—El plan que hemos de seguir, lo que cada uno de nosotros debe hacer.

—¡Truenos y rayos! ¡Tienes razón! ¡No se me había ocurrido semejante cosa!

—Veamos si os parece bien mi plan.

—Te escuchamos.

—Vos, señor don Leandro, emplearéis el tiempo principalmente en tener conferencias con vuestra madre, sin negar ni conceder, y haciendo entretanto lo posible para poner en claro el misterio.

—¿Y vos?

—Me dedicaré a la señora Mariana, sin perjuicio de hacer en todo lo demás lo que sea necesario.

—¿Y qué dejas para mí? —preguntó el señor de Guevara.

—Puesto que sois amigo del conde de Rocanegra, reanudaréis esas relaciones para espiarle mejor y evitar así que cometa algún abuso.

—Comprendo.

—Entretanto el comendador querrá entenderse conmigo para arrancarme el secreto que más le interesa, y yo haré lo que sea conveniente con arreglo a las circunstancias. También corre de mi cuenta el bribón de Andrés.

—Podemos contar con el auxilio de uno de mis criados —dijo don Leandro.

Acordando algunos detalles de poco interés salieron de la hostería, y se separaron después de convenir en verse aquella noche para que el señor de Guevara y Querubín quedasen en relaciones con Mariana y Consuelo y con el señor Policarpo.

El hijo de la condesa se encaminó a la costanilla de Santiago para llevar a las dos pobres mujeres la tranquilidad y las esperanzas que no habían de realizarse, o que, por lo menos, era muy difícil que se vieran cumplidas.

El señor de Guevara y Querubín fueron a pasearse para seguir hablando del mismo asunto.

Y entretanto la condesa, con una ansiedad indescribible, esperaba la resolución de su hijo.

¿Y qué hacía el conde de Rocanegra?

Desde que se le había presentado un inconveniente, aviváronse sus deseos; y después de cavilar, se había convencido de que le era preciso descargar el golpe cuanto antes para evitar que las circunstancias le presentasen nuevos e invencibles estorbos.

CAPITULO XXXII

Otra alianza

Habíase puesto el sol; resonaban las campanas de las innumerables iglesias de Madrid, cuyos habitantes rezaban muy devotamente, y el conde de Rocanegra, ocultando el semblante en el embozo de su lujosa capa, entró en la casa de la costanilla de Santiago.

El buen sastre había dejado su trabajo y tomaba su espuerta para llevarla a su aposento. Cuando vio entrar al conde, el señor Policarpo dijo para sí:

—¡El otro día vino también, y parece un gran señor! ¿A quién busca en esta casa? Ahora lo veré, porque me ha picado la curiosidad, y no he de quedarme sin satisfacerla.

Fácilmente lo consiguió, porque el ilustre conde, atravesando el patio, se detuvo, y llamó a la puerta de la habitación de la señora Tomasa.

—¡Bah! —dijo entonces el sastre— ¡Es uno de esos señores caritativos que algunas veces vienen a socorrer a nuestra pobre vecina!

La vieja, que acababa de encender la luz, recibió al conde con muestras del mayor respeto y diciendo con lastimera voz:

—¡Ay! ¡La noche pasada no he podido dormir, pensando lo que hubiera podido suceder a vuestra señoría! Pero ya me tranquilizo, porque le veo bueno y sano, si bien eso no quita el susto y las consecuencias que pueda tener, pues aquel caballero era el mismo, no lo dude vuestra señoría; y si le ha dicho otra cosa, miente, como pudiera mentir el último villano. Le conozco muy bien, porque ni un solo día deja de venir. Ya han

hablado de eso los vecinos, como tuve el honor de decir a vuestra señoría...

—¡Está bien! —interrumpió bruscamente el conde.

—Y ahora, si ese caballero sospecha...

—¡No he venido para escuchar vuestras necesidades!

—¡Perdone vuestra señoría!

—Pasa el tiempo, y nada adelantamos.

—Pero, señor, cuando un negocio está lleno de dificultades...

—¿Tenéis alguna esperanza?

—Y mucha; porque al fin cederá.

—¡No me alimento con ilusiones!

—Hay que tener en cuenta...

—¡Quiero concluir de una vez!

—Si vuestra señoría supiera todo lo que pasa, no diría lo mismo.

—Necesitamos la ayuda de otra persona; de un hombre astuto, audaz...

—¡Entiendo!

—Eso no quiere decir que vuestros servicios dejen de serme inútiles, sino que, por el contrario, habréis de hacer mucho más de lo que habéis hecho, y, por consiguiente, la recompensa será mayor.

—Pero tengo que advertir a vuestra señoría que esta mañana llegó a la puerta un coche, y en el coche venía una gran señora.

—Lo sé.

—Y la señora...

—Repito que no lo ignoro.

—Algunos vecinos han dicho que la dama es...

—Conozco su nombre.

—¡Pues, señor, estoy aturdida!

—Me he convencido de que Consuelo no cederá fácilmente.

—Con tiempo y paciencia...

—Mi paciencia se acabó, y el tiempo nos falta.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¡Apelar a la violencia! —dijo el conde, cuyo entrecejo se arrugó.

—¡Jesús!

—¿Os falta el valor?

—Cuando se trata de servir a vuestra señoría, en nada reparo.

—No conozco a ninguno de esos bribones que sirven de instrumento a quienes los necesita: si vos conocéis alguno...

—Si se tratase de dar una paliza o una puñalada, lo arreglaríamos fácilmente; pero como hay que habérselas con una mujer a quien es preciso tratar de cierto modo, encontraremos más dificultades.

—¡Vive el cielo! —exclamó el conde con impaciencia— ¡Madrid está lleno de bribones, y cuando yo busco uno no puedo encontrarle!

—Y aunque se encontrase, ¿qué adelantaríamos?

—¡Ya os lo he dicho: acabar de una vez!

Suspiró tristemente la vieja.

A más de un asesino conocía; pero todos eran gente soez, que no servían para el caso.

En vano vaciló el conde. Convencido al fin de que nada conseguiría prolongando la conversación con la vieja, se levantó y salió, diciendo que volvería a la mañana siguiente.

Cuando estuvo en la calle volvió a reflexionar.

Del dicho al hecho hay gran trecho, y esta verdad la comprendió fácilmente el conde.

En fuerza de buscar, encontraría al hombre que necesitaba; pero entretanto le era preciso ganar tiempo: es decir, hacer ni más ni menos que lo que habían convenido hacer Leandro y Querubín.

Paso entre paso y sin dirección fija anduvo el conde

por espacio de una hora, y al fin el diablo, que todo lo enreda, le hizo recordar los proyectos de boda que en otro tiempo habían ocupado la atención de su esposa y de don Pedro de Saavedra.

Ignoraba el conde que otra vez el comendador había tratado de este asunto; pero ¿qué importaba esto?

Hablar otra vez del casamiento con María era ocupar la atención de Leandro, era, en fin, ganar algún tiempo, y mientras el asunto se resolvía, era posible encontrar el auxilio de un bribón y descargar el terrible golpe que debía hacer de Consuelo la más desdichada de las mujeres.

—¿Por qué no empezar desde ahora?—se preguntó el conde—Hasta las diez no he de reunirme con los amigos que esta noche han de acompañarme a cenar, y el tiempo me sobra.

Ya no vaciló, y desde la calle de Preciados, donde se encontraba, encaminóse a la vivienda del comendador.

Éste y su hija acababan de cenar, y se sorprendieron al oír que llamaban.

—¿Quién puede ser?—dijo el anciano—No lo adivino, porque a estas horas nadie tiene la costumbre de visitarnos.

—Voy yo mismo—dijo Andrés.

Y tomando una luz, salió.

Se oyó el ruido que hizo la puerta al abrirse y cerrarse, y pocos minutos después volvió el criado para decir que en el salón esperaba el señor conde de Rocanegra.

—¡El conde!—exclamaron el padre y la hija.

Ella se estremeció como si adivinase una desgracia, y el anciano murmuró:

—¡Es cosa extraña que a estas horas el conde me visite!

Y añadió, dirigiéndose a sus criados:

—¡Que nadie nos interrumpa!

Fue luego al salón.

Los dos caballeros se saludaron, y el conde dio principio a la conversación, diciendo:

—Amigo mío, nos encontramos en una situación muy parecida, y, pensando lo que conviene hacer, he querido ponerme de acuerdo con vos.

—No os comprendo, mi querido conde.

—Vos tenéis una hija; yo, un hijo, y, según de público se asegura, la otra noche en el jardín de esta casa...

—¡Oh! —interrumpió don Pedro apretando los puños— ¡Un miserable se burló de mí; pero averiguaré quién es, y recibirla el castigo de merecer!

—Ello es que vuestra hija...

—Le han trastornado la cabeza, porque es demasiado inocente.

—Así como mi hijo, que tiene las ideas más extravagantes...

—Está muy cerca de su perdición, no lo ignoro.

—¿Que no lo ignoráis?—exclamó sorprendido el conde.

—Vuestro hijo se ha enamorado de una infeliz que, por no tener nada, no tiene siquiera nombre.

—¡Es verdad!

—Ahora comprendo por qué decíais que nuestra situación era parecida y que debíamos unir nuestras fuerzas para defendernos del enemigo común.

—A pesar de todo, soy muy afortunado, puesto que comprendéis perfectamente la situación y la necesidad de que nos prestemos auxilio.

—Hace algunos días que pienso en eso.

—¡Y nada me habéis dicho!

—Me pareció conveniente hablar primero a vuestra esposa, pues no ignoráis que tiene sobre vuestro hijo grandísima influencia.

—Nada me ha dicho de semejante asunto.

—Porque su opinión es distinta de la nuestra; pero al fin se convencerá y nos ayudará.

—Señor don Pedro, hablemos con franqueza.

—Mi franqueza va a quedar probada.

—Os escucho.

—Mi hija es un tesoro de virtud y de pureza.

—Nadie puede ponerlo en duda.

—Pero el suceso de la otra noche ha dado a los murmuradores ocasión...

—¡Entiendo, entiendo!

—Por consiguiente, me convendría mucho que mi hija se casase con un hombre como vuestro hijo.

—Y a mí me conviene también que se realice ese matrimonio, porque así mi hijo no podría cometer la locura de casarse con esa infeliz cuando después de mi muerte sea dueño de su voluntad.

—Pero es el caso que mi hija está trastornada.

—Y mi hijo también.

—Por de pronto no he podido hacer más que poner toda clase de estorbos, con el fin de que María no vuelva a ver a ese hombre.

—Y yo haría lo mismo; pero a Leandro no puedo tenerle encerrado como a una mujer.

—Hay otro medio —dijo el comendador.

—¿Cuál?

—Si a vuestro hijo no puede impedírsele que vaya adonde mejor le parezca, es posible hacer de modo que esa mujer a quien ama...

—¡Perdonad, mi buen amigo!

—¿Qué observación se os ocurre?

—Ya he pensado en eso para cuando hubiese necesidad de acudir a recursos extremos; porque en situaciones tan graves y críticas como la nuestra, cuando se trata

de salvar a un hijo de la desgracia más espantosa, no pueden tenerse cierta clase de escrúpulos.

—Pues si somos de la misma opinión...

—Me falta un hombre, un auxiliar que sea tan astuto como leal y atrevido. Se buscará y lo encontraré, no lo dudo; pero entretanto, como los jóvenes se arrebatan fácilmente, Dios sabe lo que puede suceder.

—¿Conocéis a esas mujeres?

—Sí.

—Dicen que son honradas.

—Así lo aseguran.

—No hay que pensar, por consiguiente, en que un nuevo amante, un seductor, sea el obstáculo, el abismo que se abre entre esa joven y vuestro hijo, ni yo tampoco quiero que a tal extremo se lleven las cosas.

—Pero supongamos que el seductor existe, que es un desalmado que no repara en los medios, con tal de llegar al fin.

—Supuesto.

—Ese seductor se apodera de la muchacha, se la lleva, la oculta...

—La buscará Leandro.

—Pero no la encontrará.

—Pierde la esperanza...

—Y algo más, porque con habilidad se le hace creer que ella al fin ha sido débil.

—Y empleando al mismo tiempo vuestra autoridad y vuestra poderosa influencia...

—Leandro se casará con vuestra hija y será dichoso; a esa otra infeliz la compensaremos con una dote lo que haya sufrido, y fácilmente encontrará un esposo honrado.

El comendador guardó silencio y fijó una mirada escudriñadora en el conde.

Este, muy contento, porque encontraba fácil el camino, desplegó una sonrisa.

Después de algunos minutos dijo el padre de María:

—Necesito saber una cosa.

—Preguntad.

—¿Os atrevéis a representar el papel de seductor?

—¡A todo me atrevo! —respondió sin vacilar el conde.

—¿Y decís que no os falta más que un auxiliar astuto, valeroso y leal a toda prueba?

—Nada más.

—Contad con él.

—¡Ah!

—Lo tendréis.

—¿Cuándo?

—Mañana; esta noche si lo queréis; ahora mismo.

—¿Dónde está?

—En mi casa, puesto que es uno de mis criados, que conoce este asunto tan bien como nosotros. Es tan hábil, que ya ha conseguido encontrar a un amigo íntimo del miserable que ha trastornado la cabeza a mi pobre hija, y como se ha interesado su amor propio y espera, además, hacer su fortuna...

—¡Ese hombre es un tesoro!

—Pues se pondrá a vuestra disposición cuando le necesitéis.

—Aunque esta noche nada hemos de hacer, convendría que hablásemos, y así también podría yo apreciar lo que vale.

—Pues me parece lo mejor que os acompañe a vuestra casa, y por el camino hablaréis con entera libertad.

—¡Bien pensado!

—Esperad un momento.

Don Pedro llamó.

Presentóse Andrés.

El primero dijo al segundo:

—Todo lo que a mí me interesa le interesa al señor conde, y para servirme a mí, has de servirle y obedecerle ciegamente.

—No necesito más explicaciones.

—Sin embargo, te haré una advertencia.

—Ya escucho, señor.

—Supón que el señor conde está enamorado de Consuelo, y que, ciego por su amor, decide cometer toda clase de abusos.

Andrés desplegó una sonrisa maliciosa y dijo:

—Si vuestra señoría no quiere molestarse en darme más explicaciones, ya es suficiente lo que me ha dicho.

—¿Y crees que podrá conseguirse algo?

—Todo.

—¡Mucho prometes!

—Lo que puedo cumplir.

—Toma tu capa y tu sombrero, y vete con el señor conde.

Andrés salió sin pronunciar una palabra más.

—¿Qué os parece este hombre? —preguntó el comendador a su amigo.

—¡Oh! ¡Es un bribón consumado, que vale mucho, muchísimo!

—Ya está a vuestra disposición.

—¡Triunfaremos, amigo mío!

Pusieron fin a la conversación.

El conde y Andrés salieron.

El padre de María sonrió irónicamente y dijo:

—¡Adivino las intenciones del conde! Le ayudaré, porque así me conviene; pero no conseguirá lo que desea, porque no quiero echar sobre mí una nueva responsabilidad, no quiero acusarme de haber perdido a la hija, como perdí a la madre, siquiera sea porque al fin... ¡Oh; es mi hija!

El rostro de don Pedro se cubrió de nerviosa palidez.

CAPÍTULO XXXIII

El comendador hace con Querubín lo mismo que con la condesa

Don Pedro de Saavedra esperó a su criado y conferenció con él muy detenidamente, dándole a conocer su plan, aunque sin revelarle el secreto de sus antiguas relaciones con Mariana.

Quedaba todavía un punto de muchísimo interés que poner en claro, y era el relativo al misterioso amante de la hija del comendador.

Querubín conocía al audaz que se había introducido en el jardín, dando lugar al escándalo de que aun se hablaba en la corte. Además, el protegido del señor de Guevara había prometido dar a conocer este secreto cuando le pareciese oportuno, y todo consistía en obligarle de una o de otra manera a hacerlo inmediatamente.

—Hablaré con ese joven—dijo el comendador.

—Me parece—respondió su criado—que nada conseguirá vuestra señoría, pues, a pesar de que es un niño o poco menos, tiene gran firmeza de carácter.

—¿No crees que conseguiré mi deseo con promesas deslumbradoras?

—Lo dudo.

—¿Y con amenazas?

—Mucho menos, porque no es hombre que se asuste fácilmente.

—Haré la prueba.

—Nada se perderá, y cuando vuestra señoría se convenza de que son inútiles los medios suaves, seguirá mi consejo y apelará a la violencia.

—Grave es lo que dices, Andrés.

—No se me oculta; pero nos encontramos en una si-

tuación muy crítica, y, si hemos de salir del apuro, no podemos ser muy escrupulosos.

—¡Veremos, veremos!

—Aquí vendrá mañana el señor Querubín, y le pido a Dios que dé acierto a vuestra señoría.

Efectivamente: a las ocho de la siguiente mañana llegaba Andrés a la plazuela del Alamillo, y, después de averiguar cuál era la casa del hidalgo, dispúsose a entrar en la misma; pero en aquel momento salieron protector y protegido para ir en busca del almuerzo.

Vio Querubín al sirviente, dijo algunas palabras al buen hidalgo, y se detuvo.

El señor de Guevara siguió hacia la calle de Segovia.

Entonces Andrés se acercó al mancebo, saludándole muy cortésmente.

—¿Qué hacéis por estos barrios?—preguntó Querubín.

—He venido a buscaros.

—Me felicito, y con mucho gusto me pongo a vuestra disposición.

—Pero como ibais con vuestro padre...

—Cuando os he visto le he pedido licencia para dejarle.

—¿Es decir, que ahora estáis en completa libertad?

—Sí.

—Pues es el caso que mi noble señor ha mostrado deseos de veros, y si no tenéis ningún inconveniente en venir...

—El señor de Saavedra me honra.

—Ya podéis comprender...

—Sí, adivino lo que desea vuestro señor; y aunque me parece que no ha de quedar satisfecho, la buena educación me manda visitarle.

—Pues, ya que otra cosa no tenéis que hacer...

—Una no más; pero la haré más tarde.

—¿Todavía no habéis almorzado ?

—No.

—Pues es el caso que no me atrevo a detenerme, porque mi noble señor...

—Vamos, que cuanto mayor sea mi apetito, me parecerá mejor el almuerzo.

Hablando como dos buenos amigos dejaron atrás calles y calles, hasta llegar a la de San Bernardo.

El corazón del hijo de la condesa latió violentamente.

Tal vez iba a ver a María.

¿Qué hubiera sucedido a saber el comendador que aquel joven era el que había dejado su capa en el jardín, poniéndole en el más espantoso ridículo.

Llamaron, entraron, subieron, atravesaron algunas habitaciones, y, deteniéndose en una antecámara, dijo el criado:

—Esperad algunos momentos, que voy a dar parte de vuestra llegada a mi noble señor.

Quedó solo Querubín.

Poco después se presentó la doncella, que con gran trabajo pudo contener un grito de sorpresa y de terror.

—¡Vos aquí! —exclamó.

—Vete, hermosa Juana; vete, y di a tu señora que aquí me tiene, que soy el mejor amigo de Andrés y casi amigo de su padre.

—Pero...

—Si nos ven hablar, debemos considerarnos perdidos.

Alejóse la doncella.

Volvió el sirviente.

—Entrad —dijo— que aunque mi señor está almorzando, porque no altera sus costumbres, quiere recibirlos inmediatamente. Ahora no hablaréis del asunto grave: pero lo haréis después del almuerzo.

Entró Querubín.

Ni la más leve alteración se advertía en su semblante. Entreabríanse sus labios para sonreír. Sus magníficos ojos brillaban como siempre.

El comendador y su hija daban principio al almuerzo. El rostro de ella se cubrió de mortal palidez.

Sintióse profundamente turbada; pero, afortunadamente, la atención de don Pedro y de su criado se fijaban en Querubín.

No había que temer que éste cometiese ninguna torpeza.

Saludó como se saluda a las personas desconocidas, y apenas miró a la encantadora joven.

—Mucho os agradezco—dijo al señor de Saavedra—el honor que me dispensáis, y siento haber llegado en momento en que mi presencia puede ser enojosa.

—Y yo os agradezco también—respondió don Pedro—que para complacerme os hayáis apresurado hasta el punto de dejar vuestro almuerzo, pues ya me ha dicho Andrés que no habéis querido hacerme esperar.

—¡Eso no vale la pena de mencionarlo!

—Pero sí de que yo lo tome en consideración y os ruegue que nos hagáis compañía, ya que tan a tiempo llegáis.

—Caballero...

—Os advierto que los cumplimientos me desagradan.

—A mí también.

—Sentáos, y almorzad con nosotros.

—Acepto para honrarme.

Sentóse Querubín, y mientras desdoblaba la servilleta y ponía en su plato una porción de menudillos de gallina, todos guardaron silencio, si bien se observaban los unos a los otros con cuanto disimulo les era posible.

El comendador decía para sí:

—Tiene los ojos de su madre; pero las demás facciones son las de su padre. ¡Oh; no es menester más

que mirarlo para adivinar a quién debe la existencia! Es hermoso. Supongo que también es valiente... ¡Yo puedo hacerle feliz!

—¿Por qué mi padre ha querido verle?—se preguntaba María— ¿Cómo él se presenta en esta casa sin temor alguno?

Y entretanto Querubín pensaba cómo podía sacar mejor partido de la situación.

Rompióse el silencio, porque no habían de permanecer todos callados.

Don Pedro, que era uno de esos hombres a quienes no les gusta desaprovechar el tiempo, empezó por decir:

—Hace muchos años que conozco a vuestro noble protector.

El mancebo levantó la cabeza, miró al comendador como si no entendiese lo que oía, y replicó:

—¿Mi protector? Desgraciadamente no tengo ninguno.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—¿Quién mejor que yo puede saberlo?

—Ciertamente.

—Protector se llama al extraño que en cualquier sentido nos auxilia o favorece.

—¿Y no hace eso el señor de Guevara?

—¡Ya lo creo!

—Pues, entonces...

—Pero antes que protector es padre.

Fijó don Pedro una mirada escudriñadora en Querubín.

Este, sin cumplimiento alguno, echó vino en su vaso, bebió muy garbosamente, se limpió los labios con la servilleta, y dijo:

—No me sorprende que ignoréis lo que saben muy pocas personas; pero como ya mi buen padre ha decidido

que no se guarde el secreto, puedo decir la verdad sin miedo de cometer una indiscreción.

—No os comprendo, joven.

—Me llamo Guevara.

—Repito que no os entiendo.

—Pues quiero decir, señor comendador, que don Godofredo de Guevara es mi padre, que otro Godofredo de Guevara fue mi abuelo, mi bisabuelo otro del mismo nombre, y así todos mis ascendientes, pues en mi familia hubo la costumbre de que Godofredo se llamase el primogénito; y si esta costumbre se interrumpió cuando yo nací, fue para satisfacer el capricho de mi buena madre, a quien Dios haya dado gloria. He ahí por qué me llaman Querubín, y creo que en esto no anduvieron muy acertados, pues reconozco que de ángel nada tengo.

—Todo eso está muy bien, señor Querubín; pero es el caso que yo he creído siempre, lo mismo que todo el mundo, que no erais hijo del señor de Guevara, sino solamente su protegido, su ahijado.

—Pues todo el mundo estaba en un error, y vos también.

—Hay una circunstancia que aun me hace dudar.

—Caballero, no hay hombre que pueda envanecerse de no haber sido débil siquiera una vez en la vida; y como todas las debilidades tienen su consecuencia, podéis fácilmente comprender lo que yo no puedo explicar ahora, porque me lo prohíbe el respeto debido a vuestra hija.

No estaba bien hablar de liviandades en presencia de una joven inocente y recatada como María, y este rasgo de delicadeza lo agradeció mucho el comendador.

—Bien se conoce—dijo—que habéis sido educado por un cumplido caballero.

—Antes me perdonaría mi padre un crimen que cierta clase de torpezas.

—Tomad de esta perdiz.

—Gracias.

—¿Y no bebéis más ?

—Por vuestra salud y por la felicidad de vuestra noble hija.

—Yo brindaré por la vuestra.

—¡Soy dichoso, caballero!

—Sin embargo, tengo entendido que la fortuna no se os ha mostrado muy propicia.

—¿Lo decís porque soy pobre ? ¡Oh! ¡No es el oro lo que constituye la felicidad!

—¿En qué fundáis la vuestra ?—preguntó don Pedro, que empezaba a encontrar muy agradable la conversación de Querubín.

El semblante de éste tomó una expresión de gravedad que no estaba en armonía con sus pocos años, y dijo mientras fijaba en don Pedro su mirada profunda:

—Mi dicha la fundo en la tranquilidad de mi conciencia.

—¡Bien, muy bien!

—Con la conciencia tranquila no hay criatura que no sea fuerte, que no sea grande.

—¿Quién os ha enseñado todo eso ?

—Mi padre y mis observaciones, pues, aunque muy joven todavía, he procurado conocer el mundo.

Acabó de convencerse don Pedro de que tenía que habérselas con una criatura de inteligencia privilegiada y de gran corazón; pero, en último apuro, tenía el caballero un resorte que creía de seguro y buen resultado.

Continuaron la conversación, teniendo al fin que tomar parte en ella María, y dando Querubín una y otra prueba de su talento y de su grandeza de alma.

Terminó el almuerzo.

Rezaron, según costumbre, que el comendador no interrumpía por ningún motivo.

—Dejadnos—dijo don Pedro.

María se despidió de Querubín y salió.

Salieron también los criados.

Había llegado el momento crítico.

El comendador, siguiendo su sistema de aprovechar el tiempo, quiso desde luego entrar de lleno en la cuestión, y dijo:

—Señor Querubín, conocéis un secreto de mucha importancia, y como sé que no ignoráis detalle alguno, excuso entrar en explicaciones inútiles.

—Sí, todo lo sé.

—Pues bien; decidme con franqueza qué necesitáis para revelar el nombre del atrevido que ha robado el sosiego a mi hija y que se ha burlado de mí, colocándome en la más crítica situación.

—Queréis que os hable con franqueza, y os complaceré.

—Gracias.

—Para deciros quién es el hombre a quien ama vuestra hija no necesito más que tiempo y que se presente la ocasión que me parezca oportuna.

—Eso es lo mismo que no decir nada.

—Perdonad, señor comendador; pero cuando yo hago una promesa hago mucho.

—Si no fijáis un plazo...

—No puede ser.

—Ponéis gran cuidado en demostrar vuestro desinterés.

—Porque así evito que me hagáis la ofensa de ofrecerme dinero.

—¿Y si os ofrezco mi amistad?

—Mucho me honraríais; pero eso no es bastante para que yo olvide mi deber ni, mucho menos, mi conveniencia.

—He ahí lo que no se comprende.

—Pues me parece que hablo con mucha claridad.

—¿En qué consiste vuestra conveniencia, señor Querubín?

—Lo sabréis algún día.

—Voy viendo que os he molestado inútilmente.

—No tal, porque de esta conversación puede resultar algo provechoso, lo mismo para vos que para mí.

—Confieso mi torpeza; pero no adivino.

—Uno de los inconvenientes que hay para que don Leandro de Sandoval se case con vuestra hija...

—¡Os equivocáis!—interrumpió don Pedro.

—¡Que me equivoco!

—Sí, porque para que se realice ese matrimonio no hay ningún inconveniente.

—Ni don Leandro de Sandoval quiere casarse con vuestra hija, ni vuestra hija con don Leandro.

—Mi hija me obedecerá.

—¿Y él?

—Obedecerá a sus padres; no lo dudéis—dijo el comendador como el que tiene la completa seguridad de no equivocarse.

—Entonces, para nada necesitáis mi ayuda.

—¿Qué ibais a proponerme?

—Os lo diré, aunque ya me parece inútil.

—Sepamos.

—En intrigas y luchas de amor todo es lícito.

—Ciertamente.

—Supongamos, y esto no es más que una suposición, que yo estoy enamorado de la misma mujer a quien don Leandro ama.

—¡Consuelo!—murmuró el señor de Saavedra.

—Supongamos que finjo favorecer los deseos de mi rival, y que entretanto, favorecido por vos, por el conde de Rocanegra y por las circunstancias, consigo...

—¡Oh!

—¿Adivináis lo demás?

—Sí—dijo don Pedro, que apenas podía disimular su júbilo.

—Pero si don Leandro ha de obedecer al fin a sus padres (lo cual no creo) y vuestra hija ha de obedeceros también (lo cual me parece imposible), es inútil meternos en una intriga cuyas consecuencias nadie puede prever.

—¡Dejadme reflexionar algunos momentos!—dijo el comendador.

Y se entreabrieron sus labios, dibujándose en ellos una leve sonrisa.

Don Pedro quería representar un doble papel, jugar con dos barajas, como suele decirse, pues su intento era fingir que favorecía los deseos del conde y salvar a la vez el honor de Consuelo.

Querubín le ofrecía la ocasión de conseguir esto más fácilmente, perfeccionando al mismo tiempo el plan, pues podía resultar de todo ello que la hija de Mariana se casase con Querubín, pudiendo de este modo ser completamente dichosa.

Además, en tanto que Consuelo debía desconfiar del conde, no desconfiaría de un mancebo como el protegido del señor de Guevara, y, en último apuro, sería más fácil obligar a Leandro, diciéndole que su rival era también el hijo de su madre, que era su hermano.

Todo esto y mucho más pensó el señor de Saavedra.

No había perdido el tiempo, y se felicitó; pero aun le quedaba por averiguar lo más interesante, y después de mucho vacilar se decidió a poner en juego el último recurso, por más que fuese arriesgado.

—Está bien—dijo—; vuestro plan me parece admirable, y conferenciaremos para perfeccionarlo, puesto que hay otra dificultad que vencer.

—Si aludís al conde de Rocanegra, que representa el odioso papel de rival de su hijo...

—¿También sabéis eso?

—Lo sé todo.

—¡Vive el cielo que para vos no hay nada oculto!

—Ni siquiera lo que pensáis, caballero.

—¡Cuidado, señor Querubín, porque la vanidad es peligrosa!

—No lo ignoro.

—Quiero hacer la prueba para convencerme de que hasta mis pensamientos habéis adivinado, y, sobre todo, por saber si conocéis un secreto que os interesa mucho más que el de los amores de mi hija.

—Tengo el honor de escucharos.

—Vos no sois hijo del señor de Guevara.

—¡Caballero!...

—No sois su hijo—repuso con firmeza el anciano—: sobre ese punto sé mucho, más que vos, mucho más que vuestro protector generoso, más que nadie, puesto que...

El caballero se interrumpió, fijó en Querubín una mirada penetrante, y desplegó una sonrisa maliciosa.

No pudo ya el joven conservar la calma.

Su rostro palideció.

—¿Qué estáis diciendo?—preguntó después de algunos momentos y con voz alterada.

—Ya lo habéis oído.

—¿Qué pruebas tenéis para asegurar que el señor de Guevara no es mi padre?

—Una, y no necesito más.

—¡Explicáos, caballero!

—Si me conviene.

—Pensad que si negáis lo que yo afirmo, me ofendéis, y que al decir que el señor de Guevara no es mi padre, cuando él declara lo contrario...

—A nadie se ofende cuando se dice la verdad.

—Pero la verdad necesita pruebas.

—Vos tendréis que presentarlas para que nadie dude de que don Godofredo es vuestro padre.

—Y las presentaré cuando sea necesario.

—¿A que no sabéis cómo se llamó vuestra madre ?

—¡Señor de Saavedra!...

—¿A que ni siquiera sabéis dónde habéis nacido ? Y si no, buscad vuestra partida de bautismo en todas las parroquias de Madrid: buscadla, y os convenceréis de que vuestra madre no estaba en la corte cuando vinisteis al mundo; o si os empeñáis en sostener que sí, no podréis decir que sois cristiano, puesto que en Madrid no hay sacerdote que os haya bautizado.

El razonamiento del comendador no tenía réplica.

El mancebo no acertó a contestar.

Quedó como anonadado, y su cabeza se inclinó sobre el pecho.

El anciano empezaba a triunfar.

Transcurrieron algunos minutos.

Al fin, el joven levantó la cabeza y dijo:

—Si tanto sabéis, no debéis de ignorar quiénes son mis padres.

—No lo ignoro.

—¡Ah!

—Vuestros padres viven.

—¡Sus nombres, sus nombres!—dijo Querubín sin poder ya contenerse.

Y miró al anciano con una ansiedad indescriptible, mientras añadía:

—¡Viven mis padres! ¡Ah! ¡Decidme quiénes son, y consideraré que os debo más que la vida! ¡Decídmelo, y pedidme luego!...

—Poco os pediré.

—¡Acabad, acabad!

—Tranquilizaos, porque si perdéis la calma...

— ¡Si pudierais comprender cuánto sufro!

— Escuchadme, que el asunto no es para tratado con ligereza.

— ¡Sí; os escucharé!

Hizo Querubín sobrehumanos esfuerzos para dominar su agitación.

Don Pedro, con pausado tono, dijo:

— ¡Secreto por secreto; esto es justo!

— No os comprendo.

— Un secreto guardáis que a mí me interesa mucho; yo conozco otro que a vos os interesa más...

— ¡Oh!

— Decidme quién es el amante de mi hija, y yo os diré quién es vuestro padre. Así yo podré vengar la ofensa que he recibido, y vos entretanto tendréis la satisfacción inmensa de conocer al más noble de los padres, y de sentir palpar sobre vuestro corazón el corazón de la más cariñosa de las madres.*

No puede hacerse comprender lo que sintió Querubín.

¡Desdichado!

Lucha desgarradora se entabló en su alma.

Podía conocer a sus padres; pero tendría que renunciar al amor de María, porque el comendador no renunciaría a satisfacer su venganza.

Y para librarse del furor de éste y ganar tiempo y esperar a que le favoreciesen las circunstancias, tenía que renunciar a la dicha de conocer a sus padres.

La alternativa en que se le colocaba era tan dura como la que destrozaba el corazón de la condesa.

El hijo no era menos digno de compasión que la madre.

¿Qué hacer en semejante situación?

Era una locura adoptar una resolución inmediatamen-

te, cuando se trataba de tan grave asunto. Sin embargo, Querubín no se sentía con fuerzas para esperar.

No podía el comendador comprender hasta qué punto hacía sufrir al desdichado mancebo, porque no podía sospechar que fuera el misterioso amante de María.

Densamente pálido y descompuesto estaba el rostro de Querubín.

Sus manos temblaban convulsivamente.

Agitación tan profunda hubo de llamar al fin la atención de don Pedro, que dijo:

—Ahora creo que os interesa mucho, muchísimo, guardar ese secreto; pues si no fuera así, ya lo habríais revelado.

—¡No os equivocáis!

—Y en verdad que no se me alcanza la razón, y que casi es sospechosa vuestra conducta.

—¡Pensad lo que mejor os parezca, caballero!

—El tiempo lo aclarará todo; pero entretanto es preciso decidir.

—Señor comendador, las apariencias engañan muchas veces.

—Así me lo ha enseñado la experiencia.

—Pueden engañarnos nuestros oídos, nuestros ojos, nuestras manos.

—Es indudable.

—¿Quién me asegura que no estáis equivocado?

—Yo.

—¿Y si de buena fe os engañáis?

—Cuando digo que conozco a vuestros padres, es porque tengo pruebas.

—Pero esas pruebas...

—Más de una vez he hablado de vos con vuestra madre.

—¡Dios mío!

—Vuestro padre os ha buscado inútilmente, os busca, y por encontraros daría lo que le queda de vida.

—Vuestro error puede consistir en creer que yo soy ese hijo a quien buscan con tanto afán.

—Desde que nacisteis no os he perdido de vista, y puedo deciros cómo fuisteis a parar a poder del señor de Guevara.

—Si tanto me aman mis padres, ¿por qué me abandonaron?

—La culpa ha sido de las circunstancias.

—¿Qué clase de hombre es mi padre?

—Noble y rico.

—¿Y mi madre?

—Representa en el mundo un gran papel.

—Pero...

—Debéis la existencia a una falta; vuestra existencia es testimonio de una deshonra.

El desgraciado Querubín apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

La lucha continuaba.

Ya iba a ceder, iba a revelar el secreto de su inextinguible amor; pero repentinamente pensó que así era probable que hiciese para siempre desgraciada a María, y la idea de lo que ella podía sufrir le contuvo.

¿Por qué no tomarse algún tiempo para reflexionar?

Sobre todo, tenía el deber de consultar con su generoso protector.

Estas dudas fueron entonces la salvación de Querubín.

Hizo un esfuerzo, púsose en pie como impulsado por un resorte, y dijo con tono breve:

—¡Meditaré!

—Supongo que queréis conocer la opinión del señor de Guevara.

—Nada debo ocultarle.

—Ya veréis cómo os aconseja que aceptéis mis proposiciones; pero si no sucede así...

—Vos guardaréis vuestro secreto y yo el mío.

—¿Y en cuanto a lo demás?

—Cuando doy el primer paso, no retrocedo; cuando adquiero un compromiso, lo cumplo.

—Sois digno de estimación.

—Caballero, nuestra entrevista ha tenido más importancia de la que pude suponer.

→Así os convenceréis de que no todo lo adivináis.

—Mañana volveré, y entretanto conviene que nada hagáis en el asunto de los amores de don Leandro y de Consuelo.

—Descuidad.

—El cielo os guarde.

—Señor Querubín, muy de veras os deseo todo lo que merecéis por vuestro talento y vuestro noble corazón.

No hablaron más.

Cuando el comendador estuvo solo arrugó el entrecejo y exclamó:

—¡Oh! ¡Qué criatura! Mucho valor debe de tener cuando ha resistido a tan dura prueba... Pero, ¿por qué tanto empeño en callar el nombre del miserable que se burló de mí?

Entretanto Querubín, profundamente trastornado, casi loco, exclamaba:

—¡Madre de mi alma! ¡Padre mío! ¡Perdonadme!
¡Oh! ¡Cuánto sufro!

Y corría hacia la plaza Mayor, porque el señor de Guevara le había dicho que fuese a buscarle a la hostería.

La situación se complicaba para todos.

CAPÍTULO XXXIV

El señor de Guevara jura y bebe

El señor de Guevara había almorzado muy bien porque había consumido su ración y la de Querubín.

Esperaba con impaciencia, y exclamó al presentarse el mancebo:

— ¡Truenos y rayos! ¡Cree que ese viejo zorro de comendador había hecho que se te subiese la sangre a la cabeza, poniéndote en la necesidad de darle una lección mucho más dura que la que le diste en el jardín!

— ¡Estoy trastornado, padre mío, y si no me vuelvo loco!...

— ¿Pues qué sucede? ¡Truenos! ¡Estás pálido, apenas puedes respirar! ¡Cien legiones!

Querubín se dejó caer en una silla como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

— ¡Mis padres viven! — exclamó.

— ¿Tus padres?

— ¡Y están en Madrid!

— ¡Querubín!...

— ¡Y representan un gran papel, porque son nobles y ricos!

— ¡Vive el cielo! ¡Creo que no te equivocas al decir que te has vuelto loco!

El señor de Guevara fijó una mirada de asombro en su ahijado.

No era posible que comprendiese el caballero lo que significaban las palabras de Querubín.

Y entretanto éste no acertaba a explicarse.

Todavía luchaba, todavía era horrible su sufrimiento.

El señor de Guevara, perdiendo la paciencia, empezó a jurar y a maldecir como un condenado.

— ¡Pierdes la calma, te aturdes! —dijo luego— ¡Esto es inconcebible! ¿Qué te ha dicho el comendador? ¿Te ha maltratado? ¡Tripas de Lucifer! Si ha sucedido así, has debido decirle que te llamas Guevara y pedirle cuentas de su conducta; y si no lo has hecho... ¡Vive Dios! ¡No; no puedo creer que tolere afrentas, ni siquiera por tu amor!

—Nadie me ha ofendido—dijo por fin el desgraciado mancebo.

—Pues, entonces, ¿qué pasa?

—Vais a conocer mi situación, que no sé decir si es mala o buena.

—Aguarda, porque necesito desaturdirme.

El señor de Guevara llenó de vino el vaso y bebió con avidez.

— ¡Esto es otra cosa! —murmuró— ¡Ahora creo que podré entenderte!

—Don Pedro me recibió muy bien, y no podía suceder otra cosa, puesto que yo no he solicitado verle.

—Discurres bien, y ahora te reconozco.

—Me ha convidado a almorzar, y he tenido la dicha...

—Comprendo; habrás visto a tu María.

—Sí.

—Prosigue.

—Cuando nos quedamos solos, hablamos de Consuelo y de don Leandro de Sandoval.

—¿Le diste a conocer tu plan?

—Sí.

—¿Le parecía admirable?

—Se entusiasmó.

— ¡No podía suceder otra cosa!

—Pero luego me habló del amante misterioso de su hija.

— ¡Fuego del infierno! Entonces fue cuando tuviste necesidad de todo tu ingenio.

—Poco necesité para negarme a poner en claro el misterio.

—Te ofrecería montones de oro.

—Me ofreció otra cosa.

—¿Le habías dicho ya que eras mi hijo ?

—Sí.

—¿Supongo que se sorprendería ?

—Hizo otra cosa.

—Sepamos.

—Decirme terminantemente que no soy vuestro hijo.

—¡ Por Satanás !

—Quise mostrarme ofendido porque ponía en duda mis palabras.

—Y tendrías que pedirte perdón.

—Al contrario.

—Querubín, no te entiendo. ¿ Has matado al comendador ? Porque después de semejante ofensa...

—Don Pedro conoce a mis padres, no me ha perdido de vista desde que nací, y, por consiguiente...

—¡ Cuernos de Lucifer ! ¡ Truenos y centellas !

—Me ofrece revelarme ese secreto a cambio del otro. ¿ Comprendéis ahora mi situación ?

Por fin comprendió el señor de Guevara sin necesidad de más explicaciones, y dijo:

—¡ Tranquilízate, Querubín, que todo se arreglará !

—¡ Ya estáis viendo que me ponen en una alternativa horrible !

—Don Pedro de Saavedra es un miserable. Si conoce a tus padres, debe mostrarse generoso y revelarte el secreto.

—Quiere sacar partido de su ventajosa posición.

—No lo sacaré mientras yo viva, porque le exigiré terminantemente que cumpla su deber, y lo cumplirá.

—Nada conseguiréis, padre mío.

—¿ Que nada conseguiré ?

—Si esta cuestión la llevamos al terreno de las violencias, haremos doblemente crítica nuestra situación.

—Pues ello es que algo tenemos que hacer.

—Por de pronto sufriré mucho, y después...

—¡Rayos y truenos!

—¡Aconsejadme, padre mío!

—Déjame ver al comendador.

—¿Y si se obstina?

—Entonces determinaremos, pues no me parece que es cosa de decidirse en un instante.

Continuó el mancebo dando explicaciones minuciosas de su entrevista con don Pedro de Saavedra.

Entretanto el señor de Guevara bebió muchas veces; porque decía que así se despejaba su inteligencia.

Eran ya las dos de la tarde cuando salieron de la hostería.

Todavía necesitaban hablar y fueron a pasearse hasta las cuatro, hora en que el señor de Guevara quiso ir a entenderse con el padre de María.

No era posible que el comendador cediese, pues le interesaba demasiado averiguar quién era el amante de su hija.

Así lo comprendieron nuestros dos amigos; pero el señor de Guevara era demasiado tenaz. ¿Qué había sucedido entretanto en casa del astuto comendador?

Nos interesa saberlo, y retrocederemos algunas horas para decirlo.

Cuando acabaron de almorzar, María dijo a su doncella y confidente:

—¡Tiemblo!

—Yo también—respondió Juana.

—¿Por qué ha venido Querubín?

—No lo sé, ni puedo adivinarlo.

—Saldremos de dudas a la noche; pero entretanto...

—Yo averiguaré la verdad.

un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir, a pesar de intentarlo al ver que su madre sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo. La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro; el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó la noticia de su muerte. Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Reanudó sus amores con doña Margarita, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid. Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle. Se retiró a vivir a su palacio, mientras la condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruinosamente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando este estaba moribundo. Hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquí hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija. Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Éste descubrió a la condesa que conocía su secreto y que sabía dónde se encontraba el hijo perdido. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al sastre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El sastre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

Esta, para que Querubín consiga entrevistarse con su amada, convence a una mujer que habita en una guardilla lindante con el palacio para que le deje por allí pasar al tejado, y de éste a las habitaciones. Querubín descubre a María los amores de Leandro y Consuelo; y María se los relata luego a su padre, como un motivo más para rechazar esa boda. El comendador averigua que la amada de Leandro es una hija suya, que abandonó tiempo atrás, e implacable, decide quitarla de en medio y realizar la unión de María con Leandro, cueste lo que cueste. Para ello vuelve a visitar a la condesa de Rocanegra, y le pone al corriente de lo que sucede, ocultando que Consuelo es hija suya, y en cambio, calumniándola.

La condesa va a casa de Consuelo a cerciorarse de si la muchacha es o no digna de su hijo. Allí encuentra casualmente a su esposo, el conde, y se entera de que intenta seducir a la amada de su hijo, ayudado por una infame vieja que habita en otro de los pisos.

El conde divisa a la condesa en el oscuro patio, y creyéndola una joven bonita quiere obligarla a descubrirse. En tan crítico momento, acude Leandro, acompañado de su fiel criado Pedro, y comienza a batirse con su padre, mientras el criado facilita la huida de la condesa. En el curso del combate se reconocen padre e hijo y envainan las armas.

Leandro sabe que su madre conoce sus amores y no ignora que es don Pedro quien se los ha descubierto; pero cree que a éste se los ha contado el señor de Guevara, protector de Querubín, y se promete pedirle cuentas.

Lo que no comprende es por qué está su padre en aquella casa. En cambio, el conde descubre su secreto, y con malos propósitos habla con la condesa para impedir aquellos amores. La condesa, con el alma destrozada, habla más tarde con Leandro, y aunque le hace grandes elogios de Consuelo y le asegura que es dignísima de casarse con él, le pide que se case con María.

Leandro decide descubrir el terrible secreto que fuerza a su madre a obligarle contra su voluntad a esa boda.

Querubín entabla amistad con Andrés, el criado de don Pedro, y le hace creer que el novio de la hija del comendador es un amigo suyo. Al relatarlo luego el criado a don Pedro, éste decide obligar a Querubín a que le descubra el nombre del amante de su hija.

Leandro, desesperado, se entrevista con Querubín y con el señor de Guevara. Y al deshacerse los anteriores errores y convencerse de que son amigos en vez de rivales, se alían para defender recíprocamente su felicidad.

El señor de Guevara descubre que el comendador es quien fuerza a la condesa para que obligue a Leandro a casarse con María; pero ignoran por qué causa tiene tal ascendiente.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. MARY	Ruñidos	11	G. LEROUX	El corazón secuestrado
2		El bufón por sacrificio	12	"	Roulettable en Rusia
3		¡Por ella!	13	Le Rousé	El naufragio del espacio
4		La astucia de una mujer	14	"	Al astro espantoso
5		La venganza del Destino	15	STEFAN LARSEN	El capitán Lagarde de Jarzac
6		El secreto de Mari-Rosa	16	"	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7		Ultraje Mortal	17	"	La marquesa dolorosa
8	ESTHER	Las cosas por	18	"	La favorita
9	G. LEROUX	Zibé, tomo I	19	"	El misterio de miraflores
10	"	"	20	"	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN NUESTRA

9.50 PÉSETAS

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS